

nos de diez minutos, un litro de agua á la temperatura ordinaria. En un hermoso día de estío, el sol envía, durante ocho ó nueve horas, á París, una fuerza equivalente al trabajo de cerca de un caballo-vapor por metro cuadrado. El ingeniero americano Erisson ha calculado que el efecto mecánico del calor solar que cae sobre los techos de Filadelfia podría hacer andar más de cinco mil máquinas de vapor de la fuerza de 25 caballos cada una. Arquímedes, después de concluir un cálculo sobre la fuerza de la palanca, decía que con un punto de apoyo se encargaría de levantar el mundo: el mismo ingeniero asegura que la concentración del calor que irradia del sol produciría una fuerza capaz de detener la tierra en su marcha.

Teóricamente el calor enviado por el sol á la tierra es igual al trabajo de 217,316.000 millones de caballos de vapor: 343 mil millones de máquinas de vapor, de una fuerza efectiva de 400 caballos cada una, trabajando sin cesar día y noche: he ahí el trabajo permanente del sol sobre la tierra!

Los experimentos hechos por M. Violle, profesor en la Facultad de Ciencias de Grenoble, demostrando que el sol pone á nuestro servicio una cantidad de calor que puede evaluarse á 18 calorías por minuto y por metro cuadrado de superficie de insolación. (Recordemos que se llama *caloría* la cantidad de calor necesario para elevar de un grado C. la temperatura de 1 kg. de agua; es la unidad convencional de que se sirven en calorimateria.)

He aquí pues, según las predicciones de los alquimistas de la edad media, los rayos del sol embotellados. Sin duda, bajo el punto de vista puramente industrial, el precio de construcción de los aparatos y la intermitencia de las horas de sol no nos dán todavía un combustible perpétuo gratuito. Pero solo estamos en la alborada de una nueva era; el niño acaba de nacer. La invención se perfeccionará, y algún día, sin duda, menos en los países favorecidos por un sol constante, se arrancará al benéfico astro del día esta expansión de calórico que vierte sobre nosotros con tanta prodigalidad, y que, hasta ahora hemos dejado perder inutilmente. La naturaleza nos reserva inagotables tesoros acerca de los cuales nuestros descendientes quedarán sorprendidos al considerar que han sido improductivos durante tantos siglos. Pero á cada progreso llega su turno y tal vez está inscrito en el gran libro de los decretos providenciales, que nuestra laboriosa y aun infantil humanidad sublunar deba esperar el agotamiento completo de las minas de hulla y de leña combustible (estos son también rayos del sol almacenados) para verse en fin premiada con un manantial per-

pétuo de fuerza, de calor y de luz, para la utilización directa del calor solar, por la extracción del calor interior del globo, por las transformaciones de la electricidad atmosférica, por la deshidrogenación grandiosa del agua de los mares, y por la aplicación del movimiento perdido en la oscilación diurna de las mareas en todas las playas y costas.

SILVIO.

LA GLORIA

ERA una rosa fresca, esplendorosa,
hechicera, encendida como grana,
que brilló inmensamente una mañana
entre las negras trenzas de mi hermosa.

Todos miraban flor tan primorosa,
no solo por tan fresca y tan lozana,
sino por ser bellísima y galana
la mujer que llevaba aquella rosa.

Pero yo al ver la flor pronto pasada,
le dije: « Vivirías todavía,
oh flor, si no estuvieses arrancada. »

Y ella me contestaba en su agonía:
« Oh! vale más brillar un solo día,
que vivir mucho tiempo y olvidada. »

J. MARTÍ FOLGUERA.

EL AMIGO

EN tiempo muy lejano un hombre (personificación de la generalidad que ha existido, existe y existirá) se quejaba amargamente en los siguientes ó parecidos términos:

—« Dios mío! ¿por qué no he de encontrar un buen amigo, leal, prudente, que me comprenda, que esté de acuerdo conmigo, que me aconseje sin altivez, que me advierta sin vanidad, que me reprenda sin odio, que no me adule á veces ni me insulte otras, que me quiera desinteresadamente? No he encontrado un amigo, en la verdadera acepción de la palabra. El uno es necio; el otro quiere esplotar mi amistad; ese me trata con orgullo; aquel me adula rastreramente; casi todos me son traidores. ¿Qué no daría yo para encontrar uno! Dios mío, haced que lo encuentre; no os pido glorias, honores, riquezas; la ambición no me impulsa, la vanidad no me tienta: solo os suplico que me permitais encontrar un amigo. »

Dios, compadecido de aquel hombre, resolvió

consolarle y se le apareció rodeado de resplandecientes auréolas, tal como muchas veces le vemos representado.

—¿Qué quieres? preguntó Dios al hombre.

—Un amigo, Señor, un amigo!

—Pues bien, desde este momento te doy facultad para fabricar un hombre; infúndele los sentimientos y las ideas á tu gusto, hazle el cuerpo que quieras, dale el alma que te convenga, la voz que te suene mejor, en fin, dale todas las cualidades físicas y morales que quieres que posea. ¿Estás contento?

—Ah! Señor! nunca podré pagaros tan grande beneficio.

—Adios, pues, y sé feliz.»

Dios se hizo otra vez invisible para el hombre, y el hombre empezó su obra. Estaba en realidad *divinamente* inspirado. Fabricó otro hombre, le dotó de todas las cualidades que, según él, debía poseer; en fin, hizo una perfecta imagen suya, y cuando hubo concluido, dijo al recién-creado:

—Salud, amigo mio!

Se abrazaron, prometiéronse fidelidad eterna, hablaron horas y horas; pero después de pocos dias, ya habían reñido y disputado. Nuestro hombre, en vez de un amigo, tenía un enemigo más, que él mismo se había fabricado. Volvió á estar triste y se desesperó, y Dios apareciéndosele otra vez, le dijo:

—Pedías un imposible; ni yo mismo he podido fabricar un amigo, y por esto vivo solo. Los que me quieren, me quieren por interés propio, para que les dé fortuna en la vida mortal, y el cielo en la otra vida; no hay más que el mezquino egoísmo.

X.

NOTAS É IMPRESIONES

La enfermedad, las penas ó los años
arrebatan al cuerpo la hermosura;
la del alma no sufre desengaños;
cuanto mas tiempo y mas dolor, mas dura.

¡Que en toda copa haya fondo!
¡que haya base en todo mar!
¡que todo placer concluya
cuando se empieza á probar!

Ay! el amigo, cielo ó el destino
ó ese algo oculto que con mil amores
nos guía á su placer, dio á nuestra vida
la vanidad eterna de las flores.

Ah! ¿qué amor constante ha sido?
todo se olvida en el mundo;
viviendo, solo he aprendido
que nada hay firme y profundo,
si se exceptua el olvido.

Mortal, haz solo el bien,
pues siempre habrás notado,
que el vicio es castigado.
Y la virtud también.

NOMEN.

MISCELÁNEA

He aquí las rarezas de algunos ilustres compositores musicales:

Glück, el autor de *Orfeo é Ifigenia*, trabajaba en un prado ó en un bosquecillo, con dos ó tres botellas de champagne al lado.

Sarti, que compuso *Medonte* y *La mia speranza*, trabajaba de noche en un gran salón á oscuras. La noche y la soledad le inspiraban.

Salieri hacía sus *motivos* corriendo las calles más frecuentadas, mirando las chicas y comiendo confites.

Cuando concebía una melodía, inmediatamente tomaba el lápiz y la transcribía á su cartera.

Cimarosa adoraba el ruido, las bromas y la reunión de sus amigos mientras componía.

Paer, para estimular su musa, tenía necesidad de gritar y que gritasen todos, su mujer, sus amigos y sus criados.

Mercadante se inspiraba comiendo salsa de tomate.

Paccini escribiendo artículos de estética musical.

Rossini se inspiraba haciendo el arroz á la milanesa.

Cherubini se pasaba las horas enteras haciendo sus necesidades corporales, y sirviéndose á menudo en aquella posición enormes tazas de café.

Bellini componía teniendo sobre la mesa en que escribía un zapato de su adorada, el cual bebaba con frecuencia.

Meyerbeér, sus mejores concepciones las hacía en los días de grandes tempestades atmosféricas, que admiraba con placer desde su balcón.

Sacchiani hacía música abrazando á su mujer y jugando con un gato. Su música es tierna, conmovedora y seductora.

Paisiello no podía componer si no estaba en la cama.

Zingarelli leyendo los padres de la Iglesia y los Clásicos latinos.